

***Cuaderno de Oficio*. Mirta Rosenberg. 2016, Buenos Aires: BAJOLALUNA POESÍA, 68 Págs.**

Que la poesía es un arte de la pérdida, del naufragio, es una especie de rumor sordo que recorre toda la obra de la poeta y traductora argentina Mirta Rosenberg. Por eso no sorprende que su recientemente publicado *Cuaderno de oficio*, se pueda leer como una especie de bitácora personal (autobiográfica, sí, pero nunca confesional) o como un repaso de los saberes o las lecciones del naufrago.

Al comienzo, antes de todo gesto, de toda metáfora, cada poeta trabaja su propia mitología fabricada con lecturas, recuerdos e historias familiares, imágenes, sabores, viajes. El lenguaje trabaja sobre esa mitología que se mueve, se tensa, se distiende y se dilata. La poesía traza su propio mapa del mundo, su cartografía. El viaje que proponen el cuaderno, el oficio de Rosenberg, comienzan y acaban en una isla. Una isla que se ansía, que motiva –como Ítaca– el viaje, y a la que nunca se acaba de llegar porque siempre es otra: “Lo que importa son las palabras, el lenguaje. Un barco, una canoa, alguna embarcación que sirva para rodear esa isla reservada, patrullarla, desembarcar” (2016:9).

El viaje empieza, entonces, en una isla. En la imagen de la poesía como un territorio, un territorio rodeado por el agua. Pero qué es una isla ¿Un punto en el mapa? ¿Lo que no son, no pueden ser, ningún hombre, ninguna mujer? ¿La isla es el margen? ¿El centro? ¿El centro de qué? ¿Un depósito reducido de imágenes incandescentes que nos acompañarán toda la vida?

“La poesía no sirve para nada. Ese es su mayor valor” (2016:10) anota Rosenberg. Y resuenan en mi mente las palabras de otro naufrago famoso de la literatura, Robinson Crusoe. En el párrafo con el que abre su diario, Crusoe compendia o resume los saberes que, como naufrago, le entrega su isla en la primera noche: la pobreza (no tiene comida, no tiene ropa, no tiene casa, no tiene armas), la presencia de las bestias, el anhelo de otros como él y, por sobre todas las cosas, el miedo. El miedo como pasión primera.

“Dichoso aquél, Safo querida, / que antes de morir puede decir con alegría/ gasté todo el tesoro de los celos. // Sentarse a ser pobre. / Tener miedo.”, había afirmado Rosenberg en su *Paisaje interior*. Podría decirse que, por definición, el nau-

frago es alguien que lo ha perdido todo, y que debe, a partir de una ajustada economía de recursos, volver a construir el mundo. Desde esa pérdida, es que el yo se mide y se reconoce, vuelve a enunciar el mapa. En tierra de nadie, la soledad engendra la palabra y sus objetos predilectos. El secreto, anuncia Rosenberg, es que también hay belleza. También hay belleza. El cuerpo yendo a su esencia profunda, visceral: ahí están las bestias, los animales que recorren, sinuosos la poesía de Rosenberg.

El naufragio es una forma particular del viaje. Un desplazamiento que es, al mismo tiempo, real y simbólico, un viaje que proporciona la oportunidad no sólo de ensanchar los sentidos sino de aprender a usarlos de nuevo. En un sentido extremo. Ahí está la muerte. Y esta idea de trasladar y trasladarse. Una tarea ardua que Rosenberg ha ensayado a lo largo de los años con una constancia y una maestría poco comunes: “traducir un poema, dejarlo ir a otro/lugar, moverlo/ sin que llegue agotado por el viaje. Y arriesgarse en la /aventura/ del pasaje” (2016:26) porque “Translate”, en la época isabelina, se usaba también para morir, ser trasladado de la vida a la muerte, y esa es la única versión definitiva.”(27). Como en libros anteriores, *Cuaderno de oficio*, nos ofrece su propia sección de “Conversos”, textos traducidos por la autora que buscan, llaman a esos otros, a esas presencias fantasmagóricas que formarán parte de la isla.

Ahora que “ellos todos, ellos/ están muertos/ y no estoy ni cerca de ellos/ni voy blabla a ellos/donde voy” se pregunta la náufraga y esa pregunta es al mismo tiempo una elección y un comienzo. La nueva soledad le permite abandonar la velocidad del viaje y elegir la recurrencia de la isla. La isla de la poesía como una enorme reserva, como un círculo interminable entre el paraíso y el infierno, donde todo lo que ocurre no es algo nuevo o por venir, sino algo ya pasado, ya dicho, ya visto por otros náufragos, por otras voces.

Denise León
CONICET/UNT